

y escapé de prisa por la puerta del corredor, a buscar agua.

—Ya lo ves, ya lo ves, repitieron casi a un tiempo Luis y el amigo aliado.

—¡Qué, qué! Esperen ustedes. Dije que había cometido la torpeza de pedirle permiso para besarla; pero calificué de tontería mi solicitud porque debí besarla sin permiso. Y fué error mío, pues era ella, probablemente, de las cuatro gatitas que ustedes proclaman. Bien, acabo mi cuento: el dolor me encolerizó, mas no proferí ninguna interjección ni hice nada inconveniente. Me dirigí al jardín en cuyo centro el surtidor abierto mantenía llena la taza en que nadaban pececillos rojos. Una bombilla eléctrica no había en él ni hacía falta: una luna espléndida se encargaba de alumbrarlo. Puesto un pie sobre el borde de la pila estaba limpiándome con el pañuelo la sangre que fluía de la herida, y triste e indignado pensaba en el lance esperando las complicaciones posteriores, cuando de pronto me hablan muy dulcemente a la espalda. Vuelvo la cara, y la veo sola, y solos estábamos en el jardín. Me mira consternada y me dice con el mismo acento: «Pobre, ¿le duele mucho? ¡Qué barbaridad! No quise hacerle tanto daño. Perdóneme. Aquí traigo este paño para que se enjугue, y este pañuelo para reponer el suyo, manchado, que guardaré». Quedéme en muda contemplación, admirándola, porque estaba bellísima. Mi malestar desapareció como por ensalmo; de una pesadilla pasé a un sueño. La claridad de las estrellas, la luz pálida de la luna, las plantas crecidas balanceándose con la brisa casi al compás de la música que hasta nosotros llegaba como una serenata; las flores, los aromas; ella iluminada misteriosamente, vaporosa como un hada, me hicieron recordar los voluptuosos palacios de los árabes y sus aventuras amorosas; y por contraste singular, estos versos de Shakespeare:

“Pródiga es la cautelosa virgen
Que aun a la luna su beldad descubre”.

La ternura de ella y mi pasión se

confundieron, y bajo la umbría, tras unas palmeras reales, mientras el viento salmodiaba al Cielo, no uno sino muchos besos le di en la boca, en la nuca y en la cabeza. Luego nos alejamos con lentitud y naturalidad de nuestro palacio encantado en donde en un ratito habíamos vivido un siglo de dicha.

Los interlocutores se quedaron silenciosos admirando la fantasía oriental de su camarada, que siguió:—¿Con que ya están ustedes convencidos? No hay aquí una mujer que no la hayan besado, y sabe Dios cuanto más. El que desee recoger las heces, que se...

—¡Hombre, no parece que tuvieras, como tienes, hermanas y madre! ¡Stueltas la lengua de un modo!... No seas tan exagerado, le reprochó Luis con seriedad. Pero el de la historia exclamó:

—¡Y así voy a pensar en el matrimonio! Cuántas parejas de casados veo pasar, y me digo: tan orondo ése, y la que lleva del brazo fué mi novia, o fulano se entretuvo con ella tanto tiempo. Y me penetra la sospecha de que lo sucedido podría repetirse si las circunstancias son favorables... No, no, prefiero gozar del amor sin exigir más, y sin que nadie me exija... Y no hablemos de mujeres casadas.

—Sí, es mejor que no hables tú; dijo Luis. Su aliado, cada vez más cabizbajo, no descosió los labios.

—No hablaré para no escandalizarte.

—Ese modo de pensar, que no es más que una opinión, en vez de hacerte dichoso, te hará desgraciado. Las mujeres te estragarán, y cuando pienses en el hogar, será tarde; y si lo formas, llegarás a él inválido y sin una ilusión.

—¡Ilusiones! Estás oyendo que no me forjo ninguna. Siempre he estado convencido de la verdad de mis aseveraciones, y no vacilo en mi conducta.

—Tantos prejuicios de hombre de poca elevación; tantos escrúpulos por beso de más o de menos; y el amor que gozas, con excepciones... Las mujeres que hacen tu felicidad corrientemente no las discuto por los besos que hayan